

En Ocampo, Aldo, González, Emilia, Duque, Natalia y Santillán, Ernesto, *Los estudios interculturales. Una ventana para el diálogo de saberes desde Abya Yala*. Baja California (México): Universidad Autónoma de Baja California.

La ignorancia como bastión de la masculinidad hegemónica.

Marín, Óscar.

Cita:

Marín, Óscar (2021). *La ignorancia como bastión de la masculinidad hegemónica*. En Ocampo, Aldo, González, Emilia, Duque, Natalia y Santillán, Ernesto *Los estudios interculturales. Una ventana para el diálogo de saberes desde Abya Yala*. Baja California (México): Universidad Autónoma de Baja California.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/oscarmarin/2>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pBVZ/H0W>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los estudios interculturales

Una ventana para el diálogo de
saberes desde Abya Yala

Coordinadores

Emilia Cristina González Machado

Natalia Duque Cardona

Ernesto Israel Santillán Anguiano



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Escuela Interamericana de Bibliotecología



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

DR. DANIEL OCTAVIO VALDEZ DELGADILLO
Rector

DR. LUIS ENRIQUE PALAFOX MAESTRE
Secretario general

DRA. MÓNICA LACAVEX BERUMEN
Vicerrectora Campus Ensenada

DRA. GISELA MONTERO ALPÍREZ
Vicerrectora Campus Mexicali

MTRA. EDITH MONTIEL AYALA
Vicerrectora Campus Tijuana

DR. ERNESTO ISRAEL SANTILLÁN ANGUIANO
Director de la Facultad de Pedagogía e Innovación Educativa

Los estudios interculturales

Una ventana para el diálogo
de saberes desde Abya Yala

Coordinadores

Emilia Cristina González Machado

Natalia Duque Cardona

Ernesto Israel Santillán Anguiano

Esta obra fue evaluada por pares académicos

Los estudios interculturales. Una ventana para el diálogo de saberes desde Abya Yala [recurso electrónico] / Emilia Cristina González Machado, Natalia Duque Cardona y Ernesto Israel Santillán Anguiano, coordinadores -- Mexicali, Baja California: Universidad Autónoma de Baja California; Universidad de Antioquia, Escuela Interamericana de Bibliotecología, 2021

1 recurso en línea, 338 p.; il. col.

ISBN: 978-607-607-718-4, 978-628-7519-32-9

1. Educación multicultural - - estudios transculturales I. Universidad Autónoma de Baja California II. Universidad de Antioquia, Escuela Interamericana de Bibliotecología III. González Machado Emilia Cristina, coord. IV. Duque Cardona Natalia, coord. V. Santillán Anguiano Ernesto Israel, coord. VI. t.

LC1099 E88 2021

© **D. R. 2021 Emilia Cristina González Machado, Natalia Duque Cardona y Ernesto Israel Santillán Anguiano**

Las características de esta publicación son propiedad de la
Universidad Autónoma de Baja California
www.uabc.mx

ISBN UABC: 978-607-607-718-4

ISBN UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA: 978-628-7519-32-9

Coordinación editorial: Emilia Cristina González Machado,
Natalia Duque Cardona y Ernesto Israel Santillán Anguiano
Forros: Natalia Duque Cardona

Edición y formación: Yahvé Cruz Hernández

Esta publicación fue realizada con fines educativos y su distribución es gratuita. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización de los autores o editores. Publicación enmarcada en el convenio de trabajo establecido entre la Facultad de Pedagogía e Innovación Educativa de la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) y la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia, y apoyado por la Facultad de Ciencias Humanas de la UABC y la Sociedad Latinoamericana de Estudios Interculturales (SOLEI).

Índice

Presentación9

Emilia Cristina González Machado, Natalia Duque Cardona y Ernesto Israel Santillán-Anguiano

PRIMERA PARTE. APROXIMACIONES A LOS ESTUDIOS

INTERCULTURALES A TRAVÉS DE LA EDUCACIÓN Y LAS CIENCIAS
HUMANAS Y SOCIALES 19

Norheya: la autoetnografía y el conocimiento situado,
praxis de mi interculturalidad 21

Paula Cruz-Ríos

Interculturalidad y derechos humanos. Un análisis del
pensamiento de Boaventura de Sousa Santos 47

Ernesto Israel Santillán-Anguiano y Emilia Cristina González Machado

Espacio intercultural, interculturalidad en el espacio:
claves para pensar geográficamente..... 77

Dayro León Quintero-López

La ignorancia como bastión de la masculinidad hegemónica..... 107

Óscar Emilio Marín-Garcés

Representaciones sociales de las sexualidades disidentes de maestros y maestras: miradas de sí y de los otros/as..... 145

Diana Carolina Osorio-Tabares

SEGUNDA PARTE. APROXIMACIONES A LOS ESTUDIOS
INTERCULTURALES A TRAVÉS DE LA BIBLIOTECOLOGÍA Y LA
CIENCIA DE LA INFORMACIÓN..... 199

Recuperar la memoria de la bibliotecología latinoamericana y del Caribe: los estudios interculturales como ventana de oportunidad..... 201

Natalia Duque-Cardona, María Camila Restrepo-Fernández y Santiago Velásquez-Yepes

Clasificar para ordenar el mundo, la transmodernidad en las bibliotecas 223

María Camila Restrepo-Fernández, Natalia Duque-Cardona y Santiago Velásquez-Yepes

El movimiento de acceso abierto a la información como
punto de transformación de la bibliotecología desde las
epistemologías del sur..... 237

*Santiago Velásquez-Yépes, María Camila Restrepo-Fernández y Natalia
Duque-Cardona*

Teoría anticolonial de la lectura..... 275

Aldo Ocampo González

Sobre las autoras y autores..... 327



La ignorancia como bastión de la masculinidad hegemónica



Óscar Emilio Marín-Garcés¹

INTRODUCCIÓN

A partir del año 2007 me he acercado a la pregunta por las masculinidades, aproximación que inició con una invitación a conversar sobre lo que se conocía como nuevas masculinidades, de las que me alejé pronto al considerar que el calificativo “nuevas” le daba un aire no solo de moda, sino también de ser políticamente correcto y un cambio meramente cosmético. Pasé por las masculinidades alternativas, una posibilidad de habitar otros escenarios relacionados con el ser y reconocermé como hombre, pero que dejan una puerta muy abierta a considerar que son la alternativa, la otra posibilidad de algo, de la masculinidad hegemónica, quizá. Unas masculinidades que debaten, que saben de memoria formas correctas de hablar y de relacionarse con otras personas, pero que también caen

¹ Profesor de cátedra de la Facultad de Educación e investigador del Grupo DIVERSER, Universidad de Antioquia. Contacto: emilio.marin@udea.edu.co



en una lectura y accionar dócil, de largas conversaciones y autonombramientos de hombres *deconstruidos* y *aliados* del feminismo, pero que en lo privado practican formas de callar lo otro, lo distinto, lo raro, lo que incomoda.

En mi trabajo investigativo inicié una postura en torno a las *masculinidades libertarias*, como un ejercicio emancipatorio en tanto que recoge la voz de los *subalternizados* en sus propios escenarios, haciendo grieta en la colonialidad del poder, que Quijano comprendió como “la imposición de una clasificación racial/étnica de la población del mundo como piedra angular de dicho patrón de poder” (2007, p. 93), y que más adelante presenta como “colonialidad de las relaciones de género” (p. 122), las cuales, gracias a las aportaciones desde los estudios interculturales y a la apuesta interseccional (Hill & Bilge, 2019; Lugones, 2008; Viveros, 2016), se vuelven tema de estudio y discusión como instrumento de control.

Poder que en el presente texto se presenta desde la masculinidad como modelo a seguir, y la heterosexualidad obligatoria como única opción válida para los varones.

Me así entonces de Paulo Freire, quien en *Pedagogía del oprimido* (2005) habla de una praxis que entiende como reflexión y acción del hombre sobre el mundo para transformarlo. Planteamiento que es un modo de hacernos conscientes de lo que la opresión —ejercida por sistemas en los que están presentes personas— causa en los seres, llevándolos a “*ser menos*” (p. 41). Consciencia de que



ese lugar no es el único que podrían habitar, pues ella es “funcionalmente domesticadora” (p. 50). Consciencia de la presencia de otros y otras (p. 48) que sufren los embates de esa opresión que inmoviliza, que calla, que niega.

Por otro lado (pero en conversación), respecto a la acción, la toma de decisiones para abandonar ese lugar fangoso, Freire plantea dos premisas: la necesidad de otros en dicho proceso, pues “nadie se libera solo” (2005, p. 70), y la toma de decisión personal y consciente, pues “no se llegará por casualidad, sino por la praxis de su búsqueda; por el conocimiento y reconocimiento de la necesidad de luchar por ella” (p. 42), por la liberación.

Una reflexión y una acción que requiere de una praxis auténtica, “que no es ni activismo ni verbalismo” (Freire, 2005, p. 50), pues “no puede haber un discurso de la descolonización, una teoría de la descolonización, sin una práctica descolonizadora” (Rivera, 2019, p. 62), una práctica que libere.

Es el abandono sistemático y decidido de la ignorancia, la cual no es ausencia de conocimiento, sino una postura política que actúa como una muralla, un muro de contención que salvaguarda, protege y da permanencia en el tiempo, en los cuerpos y las relaciones a la colonización del ser. Que aleja de las discusiones y las interrogantes por cómo nos forjamos como hombres y cómo la heterosexualidad se convierte en el deber ser de los varones.



Deborah Britzman la llama “pasión por la ignorancia”, que define magistralmente como “el deseo paradójico de no saber aquello que ya sabemos, el trabajo apasionado de la negación y la denegación” (2016, p. 76).

Sabemos que está *mal* golpear a las mujeres, sabemos que está *mal* burlarnos de las personas con orientaciones sexuales no hegemónicas, sabemos que está *mal* contaminar la casa común —el planeta—. Digo que está mal, y lo pongo en cursivas porque lo sabemos: no ignoramos desde el conocimiento que son actuaciones viles. Sin embargo, las ejercemos de otras formas, le damos vida a un machismo evolucionado que no golpea, no se burla, no contamina de las formas tradicionales, pero golpea desde la palabra, desde la academia. Un neomachismo que se burla desde la exigencia a la otredad de portar un cartel que diga que ya *salió del clóset*, que contamina desde el consumismo desmedido, desde el importarnos muy poco reciclar. Lo pongo en cursivas porque no lo hacemos porque está *mal* y alguien que nos vea o escuche nos podría llamar la atención (denunciar).

Mediante una investigación biográfico narrativa, la cual se relaciona con los estudios interculturales en la medida en que apuesta a recuperar las voces —a dejar hablar al subalterno, como diría Spivak—, busqué retomar el interés por estas discusiones. Una opción de investigación en cierto modo diferente en las ciencias sociales y en particular en educación, que pretende hacer frente a las corrientes positivistas (y



también algunas etnográficas) en su intento de segregar al sujeto del investigador (Rivas, 2009). Una oportunidad para verbalizar y ser verbalizados y, al hacerlo, reflexionar para tomar decisiones (reflexión y acción).

En esta investigación busqué evidenciar, desde el relato de los hombres, cómo los estudios de género de los hombres y de las masculinidades (en plural), tienen como objetivo, más que a los hombres o a las masculinidades, las dinámicas socioculturales y de poder androcéntricas o heterosexistas, que pretenden la inscripción del género *hombre* o *masculino* y su reproducción/resistencia/transformación en los cuerpos, identidades, subjetividades, prácticas, relaciones y productos de los humanos a los que al nacer se les nombra como machos, y que socialmente reconocemos como *hombres* (Núñez, 2016).

PARECERME LO MENOS POSIBLE A UNA MUJER

La masculinidad ha sido construida amparándose en alejarse totalmente de atributos y características asignadas a la feminidad. Como un *versus* constante, una pugna por parecerse lo menos posible a una mujer. Huir de la posibilidad de mostrarse débil, sensible.

De pequeño, madre me decía que no llorara, y efectivamente no lo hice. Cuando me golpeaba (me tropezaba o caía al correr...), de inmediato llegaba el mandato de ignorar lo que había sucedido: “No ha pasado nada”, escuché repetidas



veces. Esto creó una gran corteza de protección que me ha impedido ser sensible, aceptar mis miedos, reconocer las derrotas, afrontar las soledades.

Ser hombre es no mostrar debilidad, ser hombre es no llorar, ser hombre es no perder, ser hombre es no sentirse solo... una larga lista de negaciones para parecernos lo menos posible a las mujeres, a la feminidad, que siente, que llora, que teme. Una comprensión patriarcal y heterosexual de las disputas por el control del sexo y sus recursos y productos, como apunta Lugones (2008).

En el mundo colonial, señala Quijano:

las normas y los patrones formal-ideales de comportamiento sexual de los géneros y, en consecuencia, los patrones de organización familiar de los “europeos” fueron directamente fundados en la clasificación racial: la libertad sexual de los varones y la fidelidad de las mujeres fue, en todo el mundo eurocentrado, la contrapartida del “libre” (2007, p. 122).

Pero las tradiciones culturales hegemónicas y heteropatriarcales alrededor del ser hombre no se limitan solo a la relación entre hombres y mujeres, sino que afectan el devenir de la convivencia, el cuidado y reconocimiento de la otredad, el cuidado de sí y el de la casa común. Dichas tradiciones, señala Muñoz Sánchez, “se constituyen en la fuente principal de la construcción de las subjetividades, y, con ello, de las relaciones de poder entre los sujetos” (2007, p. 102).



La masculinidad hegemónica representa el patrón culturalmente dominante y aceptado de ser hombre en nuestra cultura occidental: ella misma genera un patrón de otredades, a modo de herramienta que permite visibilizar las desviaciones del ideal masculino (Ceballos, 2013).

La lucha por *parecernos lo menos posible a una mujer* (delicada, sensible, cuidadora de otros...) obliga a generar modos de relacionarse hostiles, lejanos y violentos. Lo confirman las cifras sobre violencia intrafamiliar, homicidio, incidentes de tránsito,² entre otras, en las que los hombres ocupamos los primeros lugares como perpetradores o víctimas, lo cual sería, en voz de Quijano (2007), una deriva colonial.

Madre contaba hasta el cansancio la historia de lo que significó para mi papá el hecho de que quien había acabado de dar a luz era un niño, un hombre, un varón. Narraba que celebró cantando *Nació varón*, una canción de Cuco Valoy, que madre me cantaba cuando estaba pequeño, porque le hacía recordar aquel momento feliz de mi nacimiento.

² Según el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Colombia (2018), de 12 130 homicidios ocurridos en el año 2018, 91.3% fueron de hombres, y 8.6%, de mujeres. En el mismo periodo, de 116 115 casos de lesiones causadas por violencia interpersonal, los hombres ocuparon de nuevo el primer lugar (65.26%), con 75 778 casos, que corresponden a una relación hombre/mujer de dos a uno. Además, se pudo establecer que 86.62% de los casos corresponde a hechos de violencia interpersonal, siendo la riña el evento más frecuente de esta clasificación. Adicional a ello, se registraron 46 416 casos atendidos por accidentes de transporte, en los que el hombre fue el más afectado, tanto con lesiones fatales como no fatales. Esto se traduce en que, aproximadamente, por cada cuatro hombres con lesiones fatales se registra una mujer en dicha situación. Esta proporción es similar a lo sucedido en el mundo, donde alrededor de 77% de los muertos en accidentes de transporte son hombres.



Madre insistía todo el tiempo en que los hombres debíamos ser grandes y fuertes. Y se empeñó por que continuara siéndolo, grande, sano y fuerte. Teníamos una gran repisa llena de vitaminas cerca de la cocina, había allí Dayamineral, Cerelac, Harina de los tres plátanos y la famosa Emulsión de Scott,³ con su *jingle* tan sonoro “sano y fuerte cre-ce-rás”.

Sano y fuerte crecí, me enseñaron a no llorar, *porque los hombres no lo hacemos*, a soportar los abandonos, como el de papá, un hombre del que hablaba mi mamá con nostalgia, una palabra bellísima, del griego clásico *nóstos*, regreso, y *algía*, dolor. Una mezcla de amor y decepción profundos leía en sus ojos cuando lo nombraba.

Muy temprano me enseñó a reconocer la cocina y los deberes de la casa como una actividad propia de las mujeres, “los hombres en la cocina huelen a mierda de gallina”, me decía. Le disgustaba que lavara mi ropa, decía que esa era su tarea.

Estudiar y hacer las tareas escolares era mi primera misión, para que llegara a “ser alguien en la vida”. En segundo lugar, comer bien, tomar vitaminas y dormir —pues el sueño alimenta más que la comida—, para que me mantuviera grande, sano y fuerte.

En tercer lugar estaba el juego, en lugares donde me pudiera observar, para brindarme la protección requerida. Nunca aprendí a andar en bicicleta, ni a nadar, porque era peligroso —creo que madre no me quería perder.

³ Multivitamínicos usados en la década de los años ochenta del siglo XX y anteriores, para la crianza de infantes. Varios hoy se encuentran descontinuados.



No aprendí a nadar, pero aprendí a andar en la calle sin miedo, a desafiar a quienes me contrariaban, a comprender lo importante que era tener poder, a ser jefe, a mandar. Eso siempre le pareció muy importante a La Pecososa, mi mamá.

Nací en la Clínica León XIII, perteneciente en ese entonces al desaparecido Seguro Social, un lugar privilegiado, que da estatus de *paisa*. Mi nacimiento y crecimiento se dio en los años ochenta, en Lovaina, un sector contiguo al cementerio San Pedro, en Medellín, Colombia, en el que se idolatraba la cultura mafiosa, representada por Pablo Escobar. En ese sector estaba un grupo de trabajadores del capo abatido. Asumían la personificación de Robin Hood, repartiendo dinero y víveres a quienes lo necesitaban.

Entendí pronto cómo funcionaba una banda y cómo la violencia y la lucha por el poder podían arrebatarse a personas importantes, como Alfredo (nunca supe si ese era su verdadero nombre, así lo llamaban). Era el novio de Magaly, una mujer que me cuidaba mientras La Pecososa estaba trabajando. Le agradecí a Alfredo cada vez que llegó a casa con una golosía⁴, y las veces que me llevó en su motocicleta, sentado en el tanque, a andar la ciudad. Prometió una y otra vez que pronto —cuando fuera más grande y fuerte—, me enseñaría a manejarla, a escondidas de madre obviamente.

Alfredo murió intempestivamente. Problemas de bandas en el sector donde *trabajaba* le cegaron la vida. Fuimos a su

⁴ Pan relleno con arequipe.



sepelio, en el cementerio San Pedro. Recuerdo que llegamos muchas personas, algunas muy tristes. Pero a Alfredo no lo dejaron ni entrar al cementerio, antes de que cruzara el portón principal, por la carrera Bolívar, llenaron de disparos el ataúd. Una escena difícil de olvidar, mucho más de entender. Si ya estaba muerto, ¿para qué le querían disparar más?

Mamá me explicó que era un mensaje para el grupo al que pertenecía y para la familia, para que no buscaran vengar su muerte. Si lo hacían, sabían a qué se atenían. “Todas las personas que se meten a ese tipo de actividades terminan mal”, me decía.

Fui buen estudiante, comprendía fácilmente los temas. Las tablas de multiplicar nunca fueron un dolor de cabeza para mí, las aprendí con facilidad. Disfrutaba cada vez que la señorita Tita nos dictaba, con su voz chillona. Era el mejor momento en el salón de clases. Evidenciar mi escritura con ortografía y una lista de palabras divididas por sílabas era fan-tás-ti-co. Me hacía sentir con poder.

Ser buen estudiante, mezclado con ser grande y fuerte, *como debía ser un hombre*, me permitieron saberme la voz en la escuela, una especie de jefe, con unos chicuelos alrededor que hacían las veces de guardaespaldas o *lavaperros*.⁵

Visité cuatro escuelas para poder terminar la primaria. “El problema es que el niño quiere hacer lo que quiere, señora”, le decían a mi mamá en todas partes. “Cuando se *rancha*, no hace

⁵ Esta es una palabra que aprendí en la casa: se usaba de manera peyorativa para aludir a quienes eran parte de bandas delincuenciales pero no tenían ningún tipo de poder de decisión, una especie de mandaderos.



nada”, aseguraban una y otra vez. No me *ranchaba*, simplemente creía que estar allá encerrado no le aportaba mucho a la casa; entre semana, mamá tenía que lavar y planchar ropa ajena y hacer aseo en casas diferentes a la nuestra, y los fines de semana vendía arepas y tamales, para poder sostenernos a mi hermano mayor y a mí.

Era poco entendible que el hombre de la casa estuviera estudiando, mientras la mujer de la casa, en este caso madre, estuviera trabajando.

Quería ganar dinero, por eso buscaba hacer mandados y de vez en cuando acompañaba a mamá a las casas en las que hacía aseo: movía cosas, ayudaba a llevar las bolsas del mercado, entre otras actividades que no fueran limpiar. Así aportaba un poco a la consecución de dinero, no me hacía sentir poco hombre.

Cuando crecí un poco ayudé a alistar carros. En esa época se volvieron necesarios los lavaderos de carros frente a las casas en la carrera 50 (Palacé), donde vivíamos. Eran los años noventa, tenía escasos 12 años y no había podido graduarme de la primaria, pero quería aportar algo de dinero a la casa.

Ya mi hermano mayor se había ido. Otro hombre que nos abandonó. Fue en el año 1989, una época difícil, porque nos habían desalojado de los apartamentos en los que vivíamos gratuitamente, con la excusa de que los propietarios no aparecían a cobrar la renta. Tuvimos que irnos a vivir a una



habitación (un inquilinato) donde Margarita, La Caricortada, en Lovaina con Palacé (calle 71 con carrera 50). Mi hermano no aguantó esa forma de vivir, decía mamá para excusarlo. Yo siempre creí que fue un cobarde al abandonar el barco cuando más lo necesitábamos, algo que los hombres no hacemos. En fin, creo que extrañamos a mi hermano, creo que nos hizo falta, pero logramos pasar por el adiós de uno más que dejaba el tren.

EL SUJETO EN EL CENTRO, DESCOLONIZANDO EL SER

Nunca recibí un manual específico que me mostrara el paso a paso de la actuación masculina que me pedían madre, la escuela, la iglesia, los medios de comunicación... la sociedad. Por ello quise preguntarles a otros hombres cómo se forjó la masculinidad en ellos, cómo se escribió en sus cuerpos y en sus formas de relacionarse unas y no otras formas de ser y asumirse como varones.

Para ello propicié tres espacios de conversación, que llevaran a la pregunta por las subjetividades propias y las de otros hombres. Una apuesta ética y política por que la voz propia de los diferentes sujetos que estuvimos presentes en la investigación fuera relevante, no las teorías previas sobre las que podría intentar encorsetar la realidad (Rivas, 2009). Un ejercicio que permitió reflexionar y actuar frente al hecho de que, en medio de la sociedad que habito, en la que la voz del



poderoso es la única verdad, y las demás voces son borradas, el subalterno usa su voz, para hacerse consciente de las prácticas colonizadoras del ser y del saber.

Esta práctica colonizadora del saber se repite constantemente en los procesos investigativos, en los que se pregunta cuál es la voz autorizada para tal o cual tema y se da una borradura progresiva y constante del sujeto, en busca de un objeto y una objetividad que le imprima *seriedad* y *rigurosidad* a la investigación. Esa objetividad que Núñez Noriega señala como un “artilugio ideológico por medio del cual las creencias y categorías del sujeto productor de conocimientos se convierten en una creencia autocumplidora” (2004, p. 19), que además “involucra una actitud desinteresada, racional, no emocional, no valorativa del objeto de estudio” (p. 33).

Considero que es necesario retornar al sujeto, un retorno del ser, con voz. Una suerte de descolonización del ser y del saber, dando “valor a la subjetividad del individuo sin poder”, (Goodson, 2017, p. 36).

Pero no una voz porque sí: no se trata de traer voces de hombres para adornar un trabajo investigativo, porque podría ser llamativo o porque está de moda. Es una voz que trasciende en praxis, que Freire (2005) señalaba como *reflexión y acción del hombre sobre el mundo para transformarlo*, pues cuando se narra una vida, apunta Bolívar (2014), no solo se recoge lo que se ha aprendido en ella, sino que en el acto de narración mismo acontece un aprendizaje; es decir, la narración es un aprendizaje en acción.



Más adelante, el mismo autor reafirma que el aprendizaje biográfico actúa como...

la capacidad ‘autopoietica’ del sujeto para organizar de manera reflexiva sus experiencias y, haciendo esto, darse a sí mismo una coherencia personal y una identidad, para atribuir un sentido a la historia de su vida, para desarrollar sus capacidades de comunicación, de relación con el contexto social, de conducción de la acción (Bolívar, 2014, p. 720).

Me encaminé entonces a buscar el relato de las minucias (de cosas que para muchos pueden parecer intrascendentes), frente al relato de las grandes estructuras, de los intelectuales, de los estudiosos, de los que se autodenominan hombres deconstruidos o nuevos. No pretendí que conociéramos todo lo que sucedió durante el paso por la escuela, sino preguntarme(nos) por aquello que permanece, aquello que dejó marcas indelebles en las maneras masculinas de ser y relacionarnos con las otredades y que posibilite reflexión y acción, para la liberación. Una posibilidad de transformación cultural profunda, que requiere de la “descolonización de nuestros gestos, de nuestros actos, y de la lengua con la que nombramos el mundo” (Rivera, 2019, p. 70).

Uno de los grupos estuvo ubicado en el barrio donde nací, Lovaina. En realidad, el barrio se llama San Pedro, pero el nombre con el que se conoce le da mayor identidad, dada su trayectoria bohemia y de prostitución.



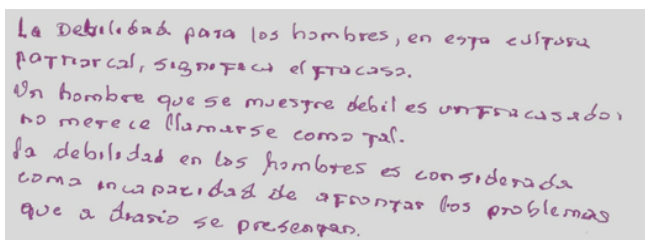
Este grupo de hombres fue integrado por varones que estuvieran por concluir la secundaria e ingresar a la universidad.

El segundo grupo se ubicó en una institución educativa oficial del corregimiento de San Antonio de Prado, Medellín. Allí los hombres cursaban octavo grado.

El tercer grupo fue conformado por amigos. Todos ellos profesionales de distintas disciplinas: un trabajador social, un comunicador, un documentalista y un diseñador de modas.

En el círculo de hombres de Lovaina conversamos sobre la *debilidad*; construimos definiciones del término, con base en los procesos de socialización que habíamos vivido. Una de ellas da cuenta de la socialización masculina como una exigencia puntual, un deber ser y actuar enmarcado en unos lineamientos hegemónicos y heteronormativos¹:

Figura 1: ¿Qué es la debilidad para los hombres?



La Debilidad para los hombres, en esta cultura patriarcal, significa el fracaso. Un hombre que se muestre debil es un fracasado, no merece llamarse como tal. La debilidad en los hombres es considerada como incapacidad de afrontar los problemas que a diario se presentan.

Fuente: Avatares de la construcción de masculinidad(es) en la escuela. 2019.

¹ “La debilidad para los hombres, en esta cultura patriarcal, significa el fracaso. Un hombre que se muestre debil es un fracasado, no merece llamarse como tal. La debilidad en los hombres es considerada como incapacidad de afrontar los problemas que a diario se presentan” (sic).



Siempre me ha dado temor fracasar como hombre, mostrarme débil, dejar ver mis emociones, llorar, por ejemplo. Me dijeron que no lo hiciera, y efectivamente no lo hice. Me pidieron que fuera fuerte, y me armé de una coraza lo suficientemente resistente para soportar los abandonos que sufrí temprano: papá, Alfredo y mi hermano mayor.

Como hombre me tenían que gustar todas las mujeres, debía honrar su belleza con piropos, ser cortés y trabajar arduamente para poderlas mantener.²

Debía apartar de mí todo aquello que fuera débil, suave, delicado y que se entendiera como propio de lo femenino.

Billy y el vestido rosa (Fine, 1995) relata las peripecias que un chico debe vivir luego de que un día despierta siendo mujer, y para agregar, su madre, antes de irse a la escuela, le pone de súbito un vestido de color rosado:

Cuando Billy Simón se despertó el lunes por la mañana, descubrió que se había convertido en una niña.

Estaba todavía delante del espejo mirándose, asombrado, cuando entró su madre como un torbellino.

—¿Por qué no te pones este vestido rosa tan mono? —preguntó.

—¡No llevo nunca vestidos! —exclamó Billy indignado.

² Está en plural porque el deber ser masculino permite y exige que un hombre (*de verdad*) tenga varias mujeres, “las que pueda sostener”, decía mamá. No así el deber ser femenino, al que se le exige pertenecer a un solo hombre.



—Ya lo sé —dijo su madre—. Es una verdadera lástima. Ante el asombro de Billy, y antes de que tuviera tiempo de protestar, le había metido el vestido por la cabeza y subido la cremallera del costado (Fine, 1995, p. 9).

Billy, durante este día convulso, vive el desprecio disfrazado de cuidado hacia quienes usan vestido, en este caso las mujeres, quienes *no tienen fuerza suficiente para mover una mesa, no deben jugar fútbol, ni ensuciar su ropa*. Su forma de escritura debe ser pulcra, como su actuar y decir en todo momento. Tiene un espíritu fuerte, bastante masculino. Quiere enfrentarse a las normas que le exigen el atuendo que lleva puesto, pero no puede, están tan arraigadas las palabras y las formas, que pese a querer huir, maestros y compañeros lo quieren obligar a permanecer en la casilla que le corresponde.

Cuando en los círculos de hombres leímos el texto *Rey y rey* (De Haan & Nijland, 2004), saltó el perro guardián, del que habla Guillermo Núñez Noriega, uno que busca asustar a quienes intentan salir o se han salido del deber ser de la masculinidad hegemónica.

En el círculo de hombres de la institución educativa ubicada en el corregimiento de San Antonio de Prado, leer que dos hombres podían enamorarse y vivir felices para siempre, generó muestras de asco y repulsión. Aunque en el discurso dejaban leer que ese tipo de relacionarse era *normal* y que no les afectaba, ya que “cada persona hace y



es lo que quiera, desde que no le haga daño a los demás”, al momento de pedirles que expresaran en dibujos lo que sintieron luego de leerlo, elaboraron emoticones que tenían que ver con asombro y asco.

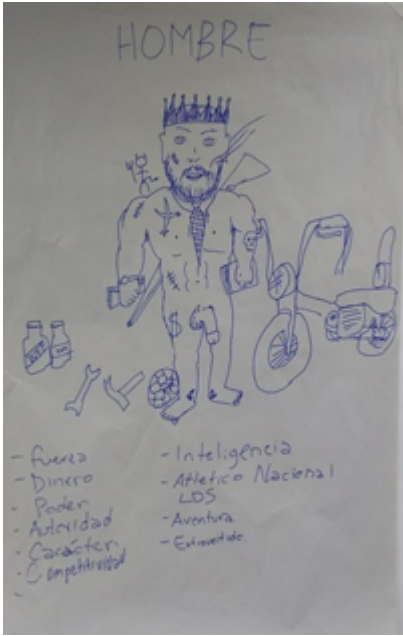
El asco a las actuaciones femeninas en los hombres se asume como un hecho *natural*. Los hombres no podemos ni debemos actuar por fuera de los mandatos de rudeza y fuerza, mucho menos por fuera de la heterosexualidad. Hacerlo excluye de la colectividad masculina y causa vergüenza a quienes pretenden defenderla. Sobre el asco, Valeria Florez dice:

lo que suele inspirar repugnancia es la idea del homosexual varón, imaginado como penetrable analmente. La idea del semen mezclado con heces en el interior del cuerpo de un hombre es una de las más repugnantes que puedan ser imaginadas por los varones, para quienes la idea de no penetrabilidad es una frontera sagrada contra lo pegajoso, lo viscoso y la muerte (2016, p. 21).

En los círculos nos acercamos a discutir sobre la receta de hombre y mujer, que dicta el sistema sexo/género, a través de la cocina, elaborando galletas de mantequilla y mazapanes. A continuación compartiré un par de recetas (de hombre y mujer) que construimos:



Figuras 2 y 3. La receta de hombre y mujer.



Fuente: Avatares de la construcción de masculinidad(es) en la escuela. 2019.

Este no fue un ejercicio de caricaturizar la realidad, no es un ejercicio de exageración. Invité a los participantes a que elaboraran una receta de mujer y hombre y ese fue el resultado. Rasgos que en realidad son estereotipos y un accionar plagado de prejuicios, que plantean el deber ser de mujeres y hombres, a quienes ubican en lugares diferenciados, negando o permitiendo el ser en libertad.

Por un lado, la mujer es bella, sonriente, sexy. A ella se le adiciona una cucharada de inteligencia, una libra de vanidad,



una libra de responsabilidad, sensualidad, coquetería, dos libras de sensibilidad y ternura y un kilo de habilidades domésticas.

Mientras tanto, al hombre se le permite estar desnudo, mostrando un gran pene, que lo caracteriza como muy masculino. Está rodeado de posibilidades que le dan libertad: una motocicleta, drogas, deporte, sin zapatos, sin nada que lo ate. Tiene herramientas cerca, pues todo hombre debe saber usarlas. Sus características, entre muchas que se mencionan, son la fuerza, el poder, la autoridad, la inteligencia y la competitividad. Quiero citar aquí a Marina Subirats (2014), quien en la introducción de su texto *Forjar un hombre, moldear una mujer*—en el que narra tales procesos en la familia— dice no saber si ese proceso fue más fácil para ella o para sus hermanos, y asegura que fue más difícil para ellos, “porque finalmente huyeron en cuanto pudieron” (2014, p. 70). Sobre los hombres ponen cargas muy pesadas, muy difíciles de llevar, pero hacemos todo lo posible por llevarlas, por no dejarlas caer, para no perder nuestro estatus de machos, que todo lo podemos.

Héctor, el hombre extraordinariamente fuerte (Le Huche, 2011), en principio representa todo *lo correcto*: es fuerte, trabaja y está enamorado de una mujer... hasta que pone en evidencia la presencia de un secreto.

Cuando en los círculos de hombres trabajamos los textos de *Billy y el vestido rosa* y *Héctor, el hombre extraordinariamente fuerte*, se generó todo tipo de dudas y confusiones respecto al deber ser. No se entiende, como yo no entendía, que un hombre



usara un vestido. Tampoco que un hombre fuerte como Héctor viviera solo y tuviera un secreto: tejía. Eso provocó que los hombres del grupo de Lovaina señalaran a Héctor no solo como gay, sino como un “gay pluma”, algo que, para algunas identidades masculinas, es un agravante al hecho de ser homosexual, “puede ser gay, pero que no se le note”, sentenciaba La Pecosita, cada vez que tenía oportunidad.

Leer y saber de formas diferentes de ser hombres y de asumirse como masculinos —en los textos citados y en las historias de los hombres que participamos en los diferentes grupos—: no gustar del fútbol, no ser infiel, sentarse haciendo carrizo, estudiar una carrera universitaria diferente a las que se espera curse un hombre; respetar la palabra y el ser de la mujer, escucharla y valorarla; respetar a las personas con orientaciones sexuales o identidades de género no hegemónicas; evaluar y abandonar los prejuicios y estereotipos que hemos asumido como naturales, entre otras acciones de concienciación, permite identificar que hay otras formas de transitar el camino para llegar a ser hombres y asumirse o no como masculino. No hay una sola forma de serlo, no hay una sola forma de asumirse y de relacionarse consigo, con los pares, con las mujeres y con la naturaleza.

SOCIALIZANDO AL MACHO

A lo largo del texto he querido presentar cómo hombres y mujeres hemos sido socializados para cumplir papeles



determinados en la sociedad. También, cómo esos roles que debemos cumplir implican desconocer a otros, generando formas de relacionarse en pugna y profundamente desiguales, sumiéndonos en un versus que busca borrar, desaparecer, conquistar al otro que se considera inferior, menos importante, menos cumplidor del *deber ser masculino*. Una suerte de insertar en los cerebros de los hombres “un pedazo de pasado que no hará sino enredarse en sus piernas, al tener que caminar por el mundo” (Subirats, 2014, p. 107).

En nuestro contexto occidental, nos han hecho creer que ser hombre trae consigo un paquete de privilegios y acciones que deben cumplirse a cabalidad, con el fin de no poner en duda (en riesgo) la masculinidad.

Al nacer (o desde antes, gracias a una ecografía o al buen ojo de las matronas: madre con solo mirar podía decir si era niño o niña el ser que venía en camino), se nos asignan unos roles correspondientes a la genitalidad. A los hombres nos corresponde, entre otros, ir a la guerra, ser productores y competitivos. Mientras tanto, a las mujeres les corresponden las tareas domésticas, parir hijos y estar en casa.

Subirats (1999) es clara respecto a lo que he expuesto: señala que las sociedades han creado sistemas de roles y patrones de comportamiento distintos para hombres y para mujeres. Una serie de prescripciones sobre lo que



deben hacer y sobre cómo deben actuar los individuos en función de su sexo. Es decir, hay unos patrones de comportamiento estandarizados, de los que se debe asegurar su funcionamiento. Estos son conocidos como los géneros masculino y femenino. Los cuales, en voz de la autora:

constituyen sistemas de identidades y comportamientos que, al prescribir lo que deben hacer los individuos según cual sea su sexo, introducen una fuerte limitación en sus posibilidades de desarrollo humano y les fuerzan a adaptarse a patrones que no siempre corresponden a sus capacidades y a sus deseos (Subirats, 1999, p. 23).

En uno de los encuentros con los hombres del círculo en Lovaina, al preguntarles cuándo *salieron del clóset* como hombres,³ varias de las respuestas permitieron observar esto que he planteado: las notas de los hombres dan cuenta de que se es hombre en la medida que el comportamiento se corresponde con las características biológicas. Se espera que un hombre sea atraído por las mujeres, que sea heterosexual.

³ Se les exige a las personas con una orientación sexual por fuera de lo establecido, que la asuman públicamente. Esto se ha entendido como *salir del clóset*, hacer pública su orientación. Los participantes se intimidaron con esta pregunta, nunca se las habían hecho. “Del clóset deben salir las personas que se asumen como homosexuales, yo soy hombre”, señalaron varios de ellos.



Figuras 4 y 5. ¿Cuándo salí del clóset como hombre?

Me di cuenta: cuando emble
conversaciones con chicas
y luego ellas me tiraron
los perros (coqueteo) entonces
vi la posibilidad que era un
hombre con características
atractivas no solo para los
chicas sino también
chicas.

yo salí del clóset como
hombre cuando fue mi
primer novio, desde entonces
me di de cuenta que
me gustaban las
mujeres.

Fuente: Avatares de la construcción de masculinidad(es) en la escuela. 2019.

Reducir a los hombres a ciertos patrones de comportamiento ha causado daños explícitos e implícitos en las relaciones. En los explícitos podría señalar las diferentes formas de violencia evidentes, como el maltrato a las mujeres: golpearlas, considerar que son nuestra propiedad o que están para servirnos. También entrarían en esta categoría las riñas con otros hombres, las cuales buscan defender el escalafón de masculinidad cuando se ve en peligro, o el agredir física o verbalmente expresiones afectivas no heteronormativas.

Por otro lado, en los implícitos encuentro una defensa de la masculinidad a través de una violencia que no se ve, una violencia simbólica que ha sido naturalizada, como la exigencia a demostrar y demostrarse el grado de hombría, actuando muchas veces de manera contraria a su sentir. Ambas maneras buscan ejercer la dominación, para lo cual se hace uso de la violencia abierta o encubierta (Schongut, 2012).



Muestra de ello es lo que tuvo que vivir V⁴ en su adolescencia:

En mi adolescencia, esos cuestionamientos retumbaban en mi cabeza, así que comencé a tener novias, a exigirme compartir y realizar actividades que muy dentro de mí, sabía que no eran consecuentes con mi ser; pero debía hacerlas para ser. Sí, ser lo que otros querían y esperaban que fuera, un ‘hombre’ (sic).

Mientras tanto, Manuel Alejandro Villa Machado,⁵ escribe: “Con las niñas de la escuela tenía una relación extrañísima, recuerdo también que les decía, siendo niñas de pueblo, además católico, que me mostraran su cuerpo, era como una inocencia sin perversión, simplemente quería verlas” (sic).

Por otro lado, José⁶ anota:

Con las mujeres, creo que siempre estuve cómodamente relegado a la *friendzone*, (me da mucha risa hablarte de esto jajajaja) pero así era, creo que representaba una especie de amigo con quien sentían confianza, creo que me llegué a sentir hasta defendido por ellas en diferentes momentos, en discusiones y otros espacios, era considerado un hombre caballeroso y respetuoso (sic).

⁴ V forma parte del círculo de amigos. Decide nombrarse así, no porque busque no ser identificado, sino por ser la primera letra de la palabra *victoria*, que trae consigo un doble significado, el de sentir que salió victorioso ante los señalamientos por su orientación sexual, y como nombre femenino que habría usado, de haber optado por un proceso de reafirmación sexual.

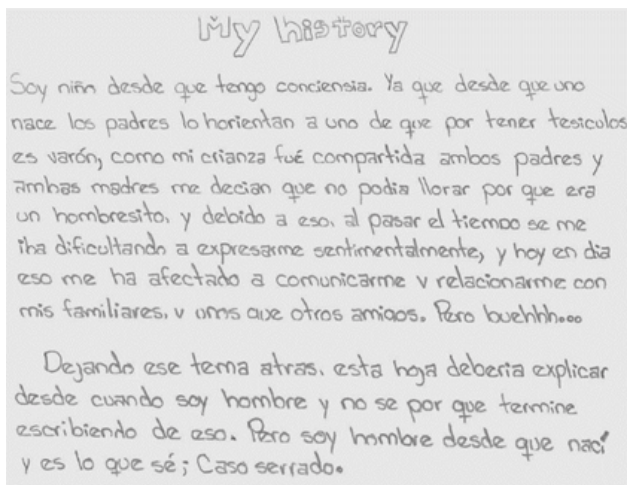
⁵ Manuel Alejandro Villa Machado es parte del círculo de amigos.

⁶ José forma parte del círculo de amigos.



Estos comportamientos, esa violencia, estos tipos de relaciones no están escritos en el ADN, como se nos ha hecho creer, no es parte de nuestra naturaleza como hombres solucionar los inconvenientes hablando fuerte o golpeando a otros para hacerlos entrar en razón. Estos comportamientos los aprendemos, se nos socializa para ser masculinos y femeninas. Así lo evidencia el relato de Anonymous —como decidió nombrarse en el proceso investigativo—, un hombre de 14 años, estudiante de grado octavo, y quien participó en el círculo de la institución educativa ubicada en el corregimiento de San Antonio de Prado. Titula la respuesta a la pregunta “¿Cuándo salí del clóset como hombre?”, como *My history*...

Figura 6. ¿Cuándo salí del clóset como hombre?



Fuente: Avatares de la construcción de masculinidad(es) en la escuela. 2019.



Anonimous comienza a nombrar su socialización, presentando a los padres como orientadores de ese proceso, que se da desde las características biológicas: “por tener testículos es varón”.

No llorar es una característica masculina que he esbozado en distintos lugares del texto, de cómo negarnos a llorar es negar la posibilidad de ser y de sentir. Este hombre asegura que esa negación al llanto le dificultó expresarse sentimentalmente, sobre lo cual comparte la siguiente frase: “hoy en día me ha afectado a comunicarme y relacionarme con mis familiares y unos que otros amigos” (sic).

Y como una puesta en escena, culmina ese primer párrafo con un contundente “pero buehhh...” y prosigue a evidenciar que ya se ha puesto lo suficiente en evidencia con lo expresado anteriormente. Así que le pone fin a su escrito aclarando no ser consciente del por qué escribió “todo eso” y cierra el caso señalando que es hombre desde que nació.

De esta forma, la socialización del macho no es otra cosa que “la afirmación de unos egos masculinos sin otro norte que imponerse, triunfar, tener poder a costa de lo que sea, sin ningún respeto por la vida” (Subirats, 2014, p. 100).

REBUSCAR EN NUESTRA VIDA

El relato de una vida requiere mucho esfuerzo y valor, declara Demetrio: “El primero es una virtud que uno aprende por sí mismo, aplicándolo y ejercitándolo en muchas ocasiones...”



en cambio, el valor de hablar y escribir sobre uno mismo sólo nace cuando nos armamos de paciencia para rebuscar en nuestra vida” (1999, p. 99).

Concibo la investigación narrativa no solo como una metodología que permite obtener una información validada para la academia, sino como una forma de construcción de realidad, dado que “hacer investigación narrativa es atravesar una puerta condenada (el arte de lo imposible) para llegar a un espacio en el que ciencia, arte y saber popular se tocan y se alteran” (Ortiz, 2015, p. 7).

La investigación narrativa como posibilidad de poner en jaque el poder, ese que Quijano comprende como “un espacio y una malla de relaciones sociales de explotación/dominación/conflicto articuladas, básicamente, en función y en torno de la disputa por el control” (2007, p. 96), no solo económico o espacial, sino del ser (de la sexualidad, por ejemplo) y el saber.

Con este proceso investigativo me sumergí, en compañía de otros hombres, en “la realidad en nuestro contexto natural, tal y como sucede, intentando sacar sentido de, o interpretar los fenómenos de acuerdo con los significados que tienen para las personas implicadas” (Ruiz, 2012, p. 25). Para que se diera el anterior escenario, encontré como apuesta metodológica, ideológica y epistemológica la investigación de corte biográfica y narrativa, pues, como señala Rivas (2012), esta representa un modo de superar la dicotomía entre lo subjetivo y lo institucional en la investigación. No tendría



sentido que este tipo de investigación, que se pregunta por las subjetividades y propende por la descolonización del ser, se diera desde la búsqueda de *la verdad*, lo que favorecería modelos hegemónicos presentes en la investigación educativa.

Aquí, los relatos de los sujetos son construidos en contextos específicos, de forma que representan las lecturas que estos hacen de los entornos a través de su experiencia. Así, por medio de las voces de los sujetos, pudimos comprender esos contextos en los que se han producido. De esta manera, al investigar las narraciones o las biografías, investigamos los contextos y los procesos que han tenido lugar.

Por ello, vi en la investigación biográfica y narrativa una posibilidad de alejarme del ideal positivista, que busca establecer una distancia (una barrera objetiva) entre investigador y objeto investigado, lo que crea una despersonalización en la búsqueda incesante de objetividad. Esto, no como un rechazo a la ciencia, como señala Van Manen, sino más bien como método que puede tratar las preocupaciones que normalmente quedan excluidas de la ciencia normal. Ello como consecuencia también de una ciencia construida por y para los hombres, un planteamiento que el feminismo ha denunciado e investigado, lo que ha permitido reconocer la emergencia simultánea en el horizonte cultural de la modernidad, de la asociación entre un “modelo de ser hombre” y “un modelo de hacer ciencia” (Núñez, 2004).



La narrativa es, por tanto, una forma de investigación científica humanizada, que en voz de Bolívar Botía viene justo a negar el pedido de objetividad que mencioné líneas arriba, pues los participantes hablan de sí mismos, sin silenciar su subjetividad, lo cual permite que “narrativas de gente y narrativas del investigador se fundan productivamente para comprender la realidad social” (2002, p. 5).

Narrativizar la vida en un autorrelato es, como dicen Bruner y Ricoeur, un medio de inventar el propio yo, de darle una identidad (narrativa). Es también elaborar el proyecto ético de lo que ha sido y será la vida (Bolívar, 2002), cuyo objetivo son las vicisitudes de las intenciones humanas (Bruner, 1998).

Al contar las propias vivencias y leer (en el sentido de interpretar) dichos hechos y acciones, a la luz de las historias que los *actores* narran, se convierte en una perspectiva peculiar de investigación (Bolívar, 2002) que le apuesta a que el significado que les atribuyen esos actores se convierta en el foco central de la investigación.

Los seres humanos somos organismos contadores de historias, organismos que, individual y socialmente, vivimos vidas relatadas, aseguran Connelly y Clandinin (1995, p. 11).

Apunté entonces a que la investigación biográfica y narrativa respondiera como enfoque y como método, en compañía del círculo de hombres que respondió como técnica, lo cual imprimió al trasegar investigativo “reflexión y acción del hombre sobre el mundo para transformarlo” (Freire, 2005, p. 51). Pues



la investigación, como señalan Rivas y colaboradores, “nos desafía a posicionarnos, a buscar sentidos que habiliten formas de entender el mundo, para cambiarlo, para no ser indiferentes a él y a las realidades de los sujetos que lo habitan” (2021, p. 140).

Lo aquí expuesto se tejió desde la valoración y el respeto por la diferencia, pues aunque busqué relatar el paso por una misma agencia socializadora, la escuela, las vivencias en cada hombre —así alguno haya estado en un mismo espacio geográfico— fueron diferentes.

Mi apuesta siempre fue garantizar un espacio seguro, confiable, en el que se pudiera estar y participar con libertad, con espontaneidad, sin temor a ser borrado, desmentido o vituperado. De la misma forma, quise garantizar la no universalización de los relatos y las categorías que emergieron, dado que, como he dicho a lo largo de este apartado, propuse la comprensión de los relatos como expresiones de experiencias, pues, como señala Rivas, “la realidad es esencialmente una construcción colectiva que tiene lugar a partir de las narraciones de los sujetos que formamos parte de ella” (2012, p. 81). Lo cual refuerzan Connelly y Clandinin (1995), al asegurar que el estudio de las narrativas es el estudio de la forma en que los seres humanos experimentamos el mundo.

PUNTADAS FINALES

He hablado de mí, he citado a hombres cercanos y a autores y autoras que me acompañan en este caminar. Este tipo de trabajo,



en el que hombres de diferentes estirpes y grupos etarios hablan de sí, se nombran y nombran a otros en sus relatos, permite hacerle frente a la ignorancia que cerca y protege a la masculinidad hegemónica y, por lo tanto, a la colonización del ser/saber/poder.

Una ignorancia que, como ya he señalado, no es ausencia de conocimiento, sino postura política que actúa como una muralla que aleja (prohíbe de tajo) las discusiones y las interrogantes por cómo nos forjamos como hombres, y cómo la heterosexualidad se convierte en el deber ser de los varones. Es “el deseo paradójico de no saber aquello que ya sabemos, el trabajo apasionado de la negación y la denegación” (Britzman, 2016, p. 76).

Como hombres se nos ha ordenado seguir unos parámetros, unas formas de relacionarnos, de habitar los cuerpos y los territorios. Unas verdades absolutas que privilegian la homogenización e incapacitan la diferencia.

Negarnos a la posibilidad de poner en duda esas formas hegemónicas es ignorancia, saber de memoria recetas que nos hagan ver menos machistas, es ignorancia. Nombrarnos —como se ha vuelto moda— hombres nuevos o deconstruidos es una forma de poner en función esa *pasión por la ignorancia*.

Abandonamos dicha pasión en la medida en que la pregunta habita nuestro ser, en la medida en que ejercicios como este en el que participé permiten evidenciar la manera en que se forjaron en nuestros cuerpos unas y no otras formas de ser. Toda indagación narrativa, apuntan Rivas, Márquez, Leité y Cortés (2020), supone un nuevo relato (*re-*



telling) que implica la reconstrucción de la acción (*re-living*). Praxis para Freire (2005): reflexión y acción del hombre sobre el mundo para transformarlo.

Nos hacemos a un lado de la ignorancia al acompañar a la reflexión de acción transformadora. Al abandonar el repetir sin sentido el *todos y todas*, creyendo que esto *per se* nos hará hombres diferentes. Pasa por aceptar las formas en que borramos a la otredad y ver de qué manera podemos desaprender esas formas anquilosadas, lodosas, que nos paralizan. Pues, como apunta Silvia Rivera (2019), no puede haber un discurso de la descolonización (en nuestro caso del ser y del saber), una teoría de la descolonización, sin una práctica (un hacer) descolonizadora. No podemos quedarnos en el “cómo hacer” olvidando al “qué sentido tiene” (Rivas et al., 2020).

En este caminar para abandonar la ignorancia que muestra su rostro como prácticas sexistas, heteronormativas, colonizadoras del ser y del saber, necesitamos la presencia de otros hombres, por ello la constitución de círculos de hombres, como una posibilidad de quebrar la jerarquía propia de la masculinidad hegemónica, mirando el rostro del otro de manera horizontal, escuchando sin preconcebir que alguien tiene la razón, partiendo de nuestra ignorancia y de la posibilidad de abandonarla. Nadie se libera solo, lo apunta Freire (2005), pero tampoco hay liberación de unos hecha por otros. Es necesario entonces tomar la decisión, andar el camino con otros, pero



viviendo el propio proceso de “parto doloroso” (Freire, 2005, p. 47), al que asemeja el autor la liberación, el abandono de la ignorancia, la descolonización del ser y saber masculinos.

Es necesario pensar, “repensar, vías específicas para su liberación, esto es, para la liberación de las gentes, individualmente y en sociedad, del poder, de todo poder” (Quijano, 2007, p. 125).

BIBLIOGRAFÍA

- Bolívar, A. (2002). “¿*De nobis ipsis silemus?*”: epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 4(1), 1-26. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15504103>
- Bolívar, A. (2014). Las historias de vida del profesorado: voces y contextos. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 19(62), 711-734.
- Britzman, D. (2016). Curiosidad, sexualidad y currículum. En D. Britzman, V. Flores & B. Hooks, *Pedagogías transgresoras* (Trad. G. Herczeg) (pp. 69-98). Córdoba: Bocavulvaria.
- Bruner, J. S. (1998). *Realidad mental y mundos posibles: los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*. Barcelona: Gedisa.
- Connelly, M. & Clandinin, J. (1995). Relatos de experiencia en investigación narrativa. En J. La Rosa, *Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación* (pp. 11-59). Barcelona: Laertes.



- De Haan, L. & Nijland, S. (2004). *Rey y rey*. Barcelona: Serres.
- Demetrio, D. (1999). *Escribirse. La autobiografía como curación de uno mismo*. Barcelona: Paidós.
- Fine, A. (1995). *Billy y el vestido rosa*. Bogotá: Alfaguara.
- Florez, V. (2016). Afectos, pedagogías, infancias y heteronormatividad. Reflexiones sobre el daño. En D. Britzman, V. Flores & B. Hooks, *Pedagogías transgresoras* (Trad. G. Herczeg) (pp. 13-30). Córdoba: Bocavulvaria.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido* (Trad. J. Mellado). México: Siglo XXI Editores.
- Goodson, I. F. (2017). El ascenso de la narrativa de vidas. *Investigación Cualitativa*, 2(1), 27-41. Recuperado de <https://ojs.revistainvestigacioncualitativa.com/index.php/ric/article/view/55>
- Hill, P. & Bilge, S. (2019). *Interseccionalidad*. Madrid: Morata.
- Le Huche, M. (2011). *Héctor, el hombre extraordinariamente fuerte*. Buenos Aires: Pípala.
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, 9, 73-101.
- Muñoz, H. (2017). *Hacerse hombres: la construcción de masculinidades desde las subjetividades*. Medellín: Fondo Editorial FCSH.
- Núñez, G. (2004). Los “hombres” y el conocimiento: reflexiones epistemológicas para el estudio de “los hombres” como sujetos genéricos. *Desacatos*, 15-16, 13-32. Recuperado de <http://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/1069>



- Núñez, G. (2016). Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian? *Culturales*, 4(1), 9-31. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/694/69445150001.pdf>
- Ortiz, M. N. (2015). Avatares de la investigación narrativa en educación. En *XIV Jornadas, II Congreso Internacional del Maestro Investigador. Investigar en educación y educar en investigación. Avances y perspectivas*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Quijano, A. (2007). Colonialidad del poder y clasificación social. En S. Castro-Gómez & R. Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 93-126). Bogotá: Siglo del Hombre.
- Rivas, J. I. (2009). Narración, conocimiento y realidad. Un cambio de argumento en la investigación educativa. En J. I. Rivas, D. Herrera, S. Kushner, R. Waller, J. Simmons, B. M. Celada, ... & D. Herrera (eds.), *Voz y educación: la narrativa como enfoque de interpretación de la realidad* (pp. XX-XX). Barcelona: Ediciones Octaedro, S. L.
- Rivas, J. I. (2012). La investigación biográfico narrativa. El sujeto en el centro. En *II Congreso Internacional sobre Aprendizaje Permanente. Competencias para una formación crítica: aprender a lo largo de la vida*. Castellón: Universitat Jaume I de Castellón.
- Rivas, J. I., Márquez, M. J., Leite, A. E. & Cortés, P. (2020). Narrativa y educación con perspectiva decolonial. *Márgenes, Revista de Educación de la Universidad de Málaga*, 1(3), 46-62. DOI: 10.24310/mgnmar.v1i3.9495



- Rivas, J. I., Prados, M. E., Leite, A. E., Cortés, P., Márquez, M. J., Calvo, P., ... & Acuña, M. (2021). Ética, responsabilidad y trabajo colectivo en la investigación narrativa. *New Trends in Qualitative Research*, 5, 139-151. DOI: 10.36367/ntqr.5.2021.139-151
- Rivera, S. (2019). *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Ruiz, J. I. (2012). *Metodología de la investigación cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Schongut, N. (2012). La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2(2), 27-65. Recuperado de <http://revista.psico.edu.uy/index.php/revpsicologia/article/view/119/73>
- Subirats, M. (1999). Género y escuela. En C. Lomas (ed.), *¿Iguales o diferentes? Género, diferencia sexual, lenguaje y educación* (pp. XX-XX). Barcelona: Paidós.
- Subirats, M. (2014). *Forjar un hombre, moldear una mujer*. Barcelona: Editorial UOC.
- Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 52, 1-17.

